

¿Un gobierno cristiano?



A CABO de oír a nuestro ministro de Economía. Un hombre sencillo, transparente y sin complicaciones, que no esquivó las preguntas que le hicieron algunos de los 300 empresarios de APD que le escuchaban. Pero, desgraciadamente, esta diaphanidad simplista de su palabra fue una corroboración más del gravísimo problema económico que padece el país, lo mismo en el mundo del trabajo que en el empresarial.

Problema agravado todavía más por la actitud adoptada por el Gobierno, que resulta increíble para todo hombre que viva en 1979 la economía desde dentro de la misma y en su propia carne. Actitud que es muestra obsoleta del trasnochado liberalismo económico del siglo XIX o de la fracasada política monetaria propia de los años veinte, manejada principalmente por Salazar en el vecino país, al cual hundió económicamente para lustros. De esta corriente económica simplista procedieron los graves conflictos económicos y sociales de este siglo (véanse, si no, la gran crisis económica norteamericana de 1929, el callejón sin salida económico-social del mundo europeo actual y el malestar social de gran parte de nuestro siglo en el mundo desarrollado).

Pero no, nosotros —cumpliendo la entristecedora observación de muchos sociólogos— vamos siempre de cincuenta a cien años atrasados. La única política que se le ocurre al Gobierno es la del "laissez faire, laissez passer", y —como mucho— se decide a hacer algunos tímidos correctivos en la política monetaria, sin atender a las desastrosas consecuencias económico-sociales de tales posturas parciales.

Ahora me creo lo que hace unos días me resistía a aceptar: esa confesión inaudita de algunos altos cargos de la Administración que, según el periódico "Ya", afirmaron que "el Gobierno no tiene obligación de presentar un programa económico". El ministro lo confirmaría en su charla al confesar que era muy difícil pergeñar un verdadero plan en este campo y que nadie podía tampoco prever lo que pasaría en lo económico en estos años.

Todos estos hechos apoyan una verdad que sospechaban ya muchos españoles: en este país no existe un Gobierno. Sólo se ha limpiado la cara constitucional al ré-

gimen franquista, pero la actitud de quienes detentan el poder es dejar los problemas a un lado, dejando correr las cosas. En una palabra: lo mismo en el orden público, que en lo social, que en la enseñanza, que en lo económico, hay una sola máxima: "laissez faire, laissez passer". Al inventor de esta frase, el francés Quesnay, le debían levantar un monumento los españoles actuales, puesto que es el símbolo exacto de lo que está ocurriendo entre nosotros por arte del Gobierno UCD.

Y para exonerarse de responsabilidades, nos ilustró el ministro sobre las dificultades que tiene el Gobierno para legislar porque las leyes, según él, tienen que pasar normalmente por las Cortes y existe un verdadero atraso legislativo en el Parlamento. Y porque además —según él también—, cuando se pretende sacar adelante algo urgente, es muy difícil acudir al Decreto-Ley (cosa curiosa porque cuando le convino al Gobierno, en la fase inmediatamente anterior, lo hizo sin rebozo). De este modo quiso convencernos, con beatífica sonrisa, que debemos aguantarnos con lo que venga, y saber que no se pueden hacer nada más que pequeños arreglos a través de Ordenes ministeriales de puro detalle.

Con sinceridad —e independientemente de la buena fe de las personas que gobiernan—, asistí en esta tarde a un espectáculo lamentable y desalentador. Los españoles, al parecer, no tenemos más remedio que esperar con los brazos cruzados a ver lo que viene, y —eso sí— tenemos que ser buenos chicos y no hacer travesuras mientras esperamos el chaparrón.

Recordaba, después de esta experiencia, la frase de nuestro presidente el día anterior a las elecciones, en aquella intervención hábilmente decisiva que tuvo en la televisión y con la cual ganó las elecciones generales. Ellos —su Gobierno y su partido— proclamaron que eran los defensores del "humanismo cristiano".

Analícemos ahora sinceramente esta expresión. El humanismo cristiano es el que se deriva de las enseñanzas sociales de los últimos Papas; y, si ése fuera el programa del partido en el Gobierno, existe evidentemente una inconsecuencia grave entre lo que sustenta y lo que realiza. Porque las ideas del "laissez faire, laissez passer" expuestas por el señor Leal y

la política económica concreta que hasta ahora vemos realizada son la expresión ingenua de ese liberalismo económico del siglo pasado (que ya ningún economista neoliberal actual propugna, y que desde León XIII hasta Juan Pablo II ha sido severamente condenado por la Iglesia) y que resulta ser lo más opuesto, como método de gobierno, al "humanismo cristiano".

Pío XII condenó "el liberalismo económico... que considera unilateralmente el mercado como un simple mecanismo de los precios". Pío XI dijo que esta dejadez gubernamental, que se parece más a la libertad concedida al poderoso para aplastar al débil en vez de una libertad con igualdad de condiciones reales para todos, conduce a "una vida económica terriblemente dura, implacable y cruel", como estamos padeciendo en España. Y el Concilio Vaticano II exigió a los católicos que gobernasen "establecer un orden político, económico y social que esté más al servicio del hombre", y que "el control de desarrollo no debe quedar en manos de unos pocos, o de grupos económicamente poderosos en exceso", como sin embargo está ocurriendo entre nosotros por arte y gracia de la política gubernamental.

El Papa actual recuerda que "el desarrollo económico, con todo lo que forma parte de su adecuado funcionamiento, debe ser constantemente programado".

En una palabra, si hay política anticristiana y anticatólica, es la del "laissez faire, laissez passer". Y si ésta —queriéndose corregir un poco— dirige preferentemente su atención al aspecto monetario, olvida el aspecto humano que es imprescindible para que una política hecha por cristianos sea aceptable.

Por eso —independientemente de las intenciones— podemos decir que, de continuar esta política de liberalismo económico amoral trasnochada, aumentando el paro obrero y la caída de las empresas, no puede seguir nuestro Gobierno diciendo que se inspira en el "humanismo cristiano", sino todo lo contrario. ■